

## SEMBLANZA Y MEMORIA DE JULIA SIERRA MONCAYO

---

*José Manuel Orozco Garibay\**

Conocí a Julia Sierra Moncayo hace treinta y dos años. En esos tiempos, empecé a colaborar como profesor de medio tiempo en el ITAM. Julia ocupaba en el segundo piso del Departamento Académico de Estudios Generales un cubículo en cuya puerta se leía Julia Sierra Prieto. Todo el tiempo que la vi llevó en su corazón el amor por Francisco. Ese cubículo se convirtió en parada obligada. Llegaban Antonio Díez, Reynaldo Sordo, Margarita Aguilera, Raúl Figueroa, el maestro José Ramón Benito y puedo seguir. Era inimaginable no hablar con Julia un rato cada día. A su lado, estaba el cubículo de Reynaldo Sordo. A la izquierda el de Margarita Aguilera. Los tres formaron parte de mi vida. Fueron tres años inolvidables. Casi todos los días hablábamos de política, de los problemas del ITAM, de la situación social, de dificultades personales, de las responsabilidades en el Departamento.

Recuerdo a Julia con un vestido siempre elegante, impecable. Su oficina llena de libros, su mesa ordenada, su botellón con caramelos que ofrecía a todos los que entrábamos. Sus eternos cigarrillos Baronet y su risa franca, fuerte, plena de vida. Esa risa capaz de curar toda posible herida, era algo que en todo momento se disfrutaba. Muchas fueron las horas de diálogo en diferentes momentos de la semana, y la oficina de Julia, a esas horas, se convertía un centro de convivencia, siempre

\*Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

necesario. No puedo olvidar que de pronto tocaba la puerta Antonio Díez, y eso era escuchar la sabiduría enciclopédica de Toño. En medio, Reynaldo tocaba algún tema de tipo histórico, y lo que Julia, Toño, Reynaldo y yo decíamos se nos quedaba labrado en el espíritu como un tesoro imborrable.

Julia me enseñó muchas cosas en esos primeros años. Llegué al tiempo completo hacia 1989 de la mano de Reynaldo Sordo, quien era jefe interino del Departamento Académico de Estudios Generales, mientras el profesor Rodolfo Vázquez estaba de año sabático. Ya con más tiempo disponible, yo buscaba a Julia casi todos los días, al menos una hora. Me enseñó antropología, historia, me dio consejos de vida, me ayudó a comprender al ITAM mismo, cuya vida tiene un despliegue con muchas capas no escritas, en las que la nobleza de la institución es enorme. En pocas palabras, Julia Sierra me hizo más seguro, más fuerte y, sobre todo, me dio la acogida hospitalaria que siempre otorgaba de modo natural. Ella respondía al otro con sentido levinasiano de obligación ética absoluta: el otro era, ante todo, motivo de su preocupación. No miento cuando afirmo que todo problema que escuchaba daba lugar a un consejo sabio de su parte. Y poco a poco nos hicimos amigos. Los cuatro, Margarita, Julia, Reynaldo y yo, caminábamos en grupo por los patios del ITAM. En esos años no había cubículos en la planta baja. Allí se estacionaban los autos de los profesores. Tampoco había salones modernos, y menos con tecnología, como ahora disfrutamos. Eran los techos altos, los pasillos de mosaico rojo, gélidos, los cubículos con la mesa clásica empotrada a la pared, y las codiciadas sillas de madera muy elegante. Bajábamos por café a diferentes horas, comíamos en la cafetería de entonces o, cuando ya se pudo, en la sala de maestros. En todo momento se nos sumaba alguien. A veces era Toño, a veces Chucho Velasco. El aire de lucidez era espléndido hablando de Madero, Juárez, la Revolución Mexicana o las políticas del presidente Carlos Salinas. En el discurso de Julia resaltaba su amor por las causas de los indígenas, por los temas centrados en la justicia social, su pasión de encono contra toda forma de corrupción. Un aura maternal se desprendía constantemente de su deseo de ayudar y convivir con sus colegas.

Ir a comer a casa de Julia fue una experiencia que disfruté casi por cuatro años consecutivos. Nos íbamos en su camioneta o llegábamos allá y ella nos ofrecía una comida deliciosa. En torno a la mesa sus hijos, todos inolvidables, la hija Julia, las risas que causaba Perico, uno de sus hijos, y los platillos deliciosos que preparaban las compañeras de casa que ayudaban a Julia en todos los menesteres. La hermandad siempre era fascinante. Puedo decir que eran comidas donde se pensaba, se reía, se hablaba de veras. Al final, volvíamos al ITAM a seguir trabajando hasta altas horas. Hubo ocasiones en que hacíamos los textos, preparábamos los programas, hacíamos fotocopias de materiales y nos quedábamos hasta las once de la noche en el cubículo de Julia, con mucho entusiasmo. Pensemos que entre 1989 y 1993 no había internet, impresoras, celulares, por lo que la hermosa tarea de la pluma, el lápiz, la máquina de escribir, el arte de lo manual, nos exigía dar todo sin perder el aliento. Eso lo viví. Cuando me tocó la ardua tarea de llevar las ediciones de los textos del Departamento, hacia 1992, Julia y Margarita en su año sabático, tuve la asesoría de Julia, y Margarita me explicaba todo: copiar, pegar, ordenar, entregar a don Jesús, esperar los materiales, distribuirlos. Era una labor tremenda.

### **Tres recuerdos memorables**

Si alguien me pidiera hablar de momentos en los que Julia se quedó grabada en mi memoria, no terminaría esta semblanza. Pero puedo compartir algunas pinturas de su fuerza moral, de su calidad humana y de la alegría que a su lado se podía vivir.

En una ocasión fuimos a comer Reynaldo Sordo y yo a casa de Julia. Durante la comida hablamos de coches, porque Reynaldo tenía algunos ahorros y su hermoso Mercedes 1963 ya no circulaba a diario, no por la verificación, sino por tratarse de un clásico.

—Creo que ya es tiempo de que cambies de coche, Reynaldo —le dije imperativo.

—Déjalo en paz José Manuel, ya vas a embarcar a Reynaldo.

—Mira, Julita, si Reynaldo sigue manejando ese coche, aparte de que es un clásico, se lo van a robar, mejor vamos a ver si estrena.

—¡No, José Manuel! ¿Cómo crees? Yo tengo esos ahorros de toda mi vida, no los quiero gastar ahora —respondió Reynaldo sereno y sonriente, pero inquieto.

—¿Por qué no vamos a ver lo que hay en las agencias? Tal vez te hagas de uno nuevo. Lo mereces ¿no?

—Yo tengo que ir por Perico adelante de Insurgentes —dijo Julia guiñándome el ojo.

De pronto, ya estábamos en la agencia viendo una camioneta Blazer de Chevrolet, que le encantó a Reynaldo. Julia me insistía en que dejara en paz a Reynaldo, y luego, en una de esas conversaciones que ellos tenían desde el inicio de su amistad, ella lo increpó:

—Reynaldo, usted tiene que guardar ese dinero para alguna emergencia.

—Sí, sí, yo sé. Pero le digo, Julia, tal vez Josemanuelito (así me decía Reynaldo), tenga razón.

—Reynaldo, lo está encampanando José Manuel. José Manuel —me miró Julia, sonriente— no está bien lo que andas haciendo.

Al final, Reynaldo apartó la camioneta, fuimos al día siguiente por ella, la estrenó feliz y festejamos los tres en casa de Julia.

Unos días después, en su oficina, Julia me dijo a propósito de uno de mis eternos miedos, inseguridades, especialmente porque no terminaba un texto y mi vida era brumosa: —Así como hiciste feliz a Reynaldo con eso, material si quieres, piensa que todos estamos de paso, vive. Nada te va a pasar.

Jamás olvidaré eso. Conservo el afán de seguir, el anhelo de vivir, ese es el impulso que Julia me insufló, y ahora que ellos no están, aprendí a darle tiempo a las cosas. El miedo nunca se acaba, pues la vida siempre depara alguna sorpresa. Julia me dijo en otra ocasión: “Enemigos siempre hay, amigos hay pocos. Debes ser amigo de ti mismo”.

Una tarde sumamente gris salí a comprar algo en una de esas tiendas que tienen de todo. Por San Jerónimo. El jefe del Departamento era el maestro José Ramón Benito. En esos aciagos días de 1995, yo estaba en predicamentos de todo tipo. Eran las cinco de la tarde, en febrero,

y hacía mucho frío. Al salir de la tienda, un sujeto me robó a mano armada mi coche Jetta del año. Me sentí perdido, tuve que ir al ministerio público y levantar el acta. Fue eterno. Al día siguiente, después de 24 horas, debía ratificar la denuncia. Así que salí del ITAM y volví hacia las siete y media de la tarde, porque había que terminar algo. Recuerdo como si lo viera:

—¿Dónde andaba? Lo estaba buscando —me dijo el maestro Benito.

—Es que tuve que...

—El pobre de José Manuel fue asaltado y le robaron su coche, viene de la Delegación.

—No se preocupe. ¿Cómo está? —me preguntó el maestro Benito.

Un sentimiento de sosiego entro en mí. El maestro Benito me calmó y con sentido muy humano me dijo que no me preocupara y que desahogara los trámites que tuviese que hacer.

—José Manuel, las cosas que nos pasan siempre suceden por algo. Puede ser que ese modelo sea llamativo, a veces vamos con descuido. Ten fe, verás que todo se va a arreglar —espetó Julia con seguridad.

—Julia, gracias. Es que me salí sin avisar...

—José Manuel, José Ramón te dijo que lo que necesites lo hagas sin angustia. Tienes un sentido de responsabilidad que no te deja estar en paz. Ve a tu casa y yo termino lo de los programas, yo te ayudo.

Julia se levantó de su silla. Su pelo entrecano, su sonrisa, la mirada amorosa, los brazos sobre su mesa llena de papeles, su computadora encendida, sin hora para que ella pudiera irse a su casa. Yo solamente le agradecí, y ella cerro sus ojos (nunca olvidaré esos gestos), y asintiendo con la cabeza me dijo:

—No tienes nada que agradecer, que Dios te bendiga.

Al salir de la oficina de Julia, más de una vez me iba ya tranquilo. Sentí que un espíritu humano, casi más allá de la cortesía, generoso, me indicaba que fuera con calma al mundo, al afuera. Ella tenía el don de hacer que el otro sintiera descanso ante la furia del mundo.

## **Temperamento, carácter, entrega**

Enérgica en momentos difíciles, Julia explotaba súbitamente y engrosaba la voz. Un silencio firme en el ambiente imponía su dominio. No toleraba las injusticias, la desigualdad social, el ataque sin fundamento, el racismo, la corrupción y, especialmente, el maltrato a un colega. La recuerdo con esa energía que era como una especie de impulso creativo que emanaba de su ser. No se trataba de un estallido frecuente, menos gratuito. Cuando algo motivaba su enojo, Julia no disimulaba un ápice. No obstante, casi siempre, ante una dificultad, Julia apelaba a la devoción, a la cristiana aceptación de las pruebas de Dios, y daba el consejo sabio que la experiencia y la madurez le permitían otorgar. Mujer de fe sólida, católica con un sentido de congruencia absoluto. Fue defensora de las causas de los más necesitados. Combinaba perfectamente su fe con la doctrina social de la Iglesia. Fue amiga de agustinos, dominicos, cuya misión en Chiapas era evangelizadora. Lo que no significó, nunca, que no viera en el marxismo cristiano de la teología de la liberación sus múltiples señales de peligro. Podría decir, sin temor a equivocarme, que el sentido de justicia, piedad, firmeza, se ajustaba a una apreciación de la vida pensando en los que menos tienen. Sus conocimientos antropológicos eran enormes. Nos legó, entre otras cosas, un texto hermoso y de gran rigor, “México antes de México”, que leemos en el curso de Historia sociopolítica de México. Ahí, la pregunta por el ser humano, el sentido de la vida, la perspectiva del indio y sus diversas concepciones a la luz de los periodos y regiones para su estudio en el pasado, la hace enseñarnos lo que fue la grandeza mesoamericana. Con frecuencia aludía a López Austin y a McGowan, sus admirados maestros.

Al lado del temperamento fuerte y social cristiano, había una facundia explícita en todo. Se reía a carcajada batiente de lo chusco, de las quejas constantes de Reynaldo y la sorna era patente ante la estulticia del poder corrompido.

Maternal en el mejor sentido, Julia acogía y se dejaba acompañar, pensativa, hasta que de repente interrumpía con alguna observación basada en sus lecturas, en conocimientos que ella tenía de historia, biología, etnología, sociología, lingüística de la corriente de Levi Strauss

y su gran interés por la ciencia. Eso ocasionaba polémicas, momentos de disfrute, diálogos no pocas veces subidos de tono cuando no estaba de acuerdo con lo que uno decía. En general, su deseo de corregir o aclarar hacía que uno callara pensando en refutar, esclarecer y quedarse reflexivo. Desde luego que a veces ella opinaba y Reynaldo no estaba de acuerdo. Casi siempre era Julia quien le decía a Reynaldo: “Sí, Reynaldo, pero dese cuenta de que...”, sin que hubiera acuerdo. Esos desencuentros daban espacio a nuevos diálogos y mucho aprendí escuchándolos a ambos.

Era obsesiva del trabajo fino, eficaz, constante. La veía entregando todo al Departamento y al ITAM. Siempre pensé que era una maestra cuyo gran mérito estribó en ser un pilar del Departamento, y me atrevo a decir: del ITAM.

Julia estaba en todos los comités de materia del Departamento. Ella calendarizaba los programas de todas las materias. Tomaba nota de los cambios que se harían en lecturas, programas, fechas, contenidos, dando seguimiento a todo, como apoyo fundamental de todos los jefes del Departamento que yo he conocido. Alguna vez un jefe del Departamento me dijo: “Julia es una especie de secretaria de Estado”, porque se sabía, todos sabíamos, que estando Julia nada podía fallar. Julia conocía al dedillo todo lo relacionado con los derechos de autor, tan importante en la factura de las selecciones de textos del Departamento.

Esa entrega indiscutible iba aparejada a un fuerte sentido de responsabilidad.

Su texto “México antes de México” es hermoso, serio, profundo y didáctico. Los estudiantes aprenden la riqueza milenaria de nuestra herencia cultural, civilizatoria, la división regional para el estudio de los ámbitos que por milenios han configurado el entorno de Mesoamérica, que es un capítulo fascinante que despierta la reflexión constante. Los aspectos humanos, axiológicos, cosmológicos, los procesos y zonas geográficas, el bosquejo de las grandes civilizaciones, convierten la aventura de enseñar esta etapa en una experiencia feliz.

El *Atlas histórico de México* y el *Atlas del siglo XX*, escritos con Reynaldo Sordo, son estéticos, fundamentales y permiten que los alumnos ubiquen en el tiempo y el espacio, con mapas excepcionales, los sucesos estudiados.

## Cierre breve

La doctora Julia Sierra de Prieto fue para mí emérita en todo sentido, pilar del Departamento, legataria de ideas y proyectos que ahora consolidan al Departamento Académico de Estudios Generales. Su figura pequeña, elegante, su clásico cabello corto entrecano de gran personalidad, la franqueza abierta de su risa, sus consejos, su conocimiento de todos los programas y el plan de estudios del Departamento, la amistad ofrecida, la paciencia ilimitada, su devoción por todo lo que hacía, hacen que pueda decir sin temor a equivocarme que, aun habiendo diferencias ideológicas o intelectuales, si algo caracterizó a Julia fue su respeto por todos los que pudimos conocerla.

A tres años de su fallecimiento, recuerdo cuando el doctor Carlos McCadden, jefe del Departamento Académico de Estudios Generales, me dio la noticia. Yo estaba de viaje, lejos, y acababa de levantarme. Me quedé petrificado, mis ojos se empaparon, y respirando hondamente, pensé: “Julia me diría, en este momento, ‘resiste, no te quejes, ten fe’”. Por difícil que sea el entorno o la situación, sus palabras daban fuerza moral.

28 | Dejamos de hablar, ella y yo, con la frecuencia de hace años. Lo lamento. No porque ambos lo hubiéramos querido, sino simplemente porque la vida tiene sus derivas, escauceos; pero siempre, al salir del ITAM rumbo a casa, generalmente hacia las seis de la tarde, los días que no tenía clase, la veía caminando muy despacio, haciendo altos en el camino para recuperar el aire, me acercaba y la acompañaba a su camioneta. Otras veces llegábamos al mismo tiempo. Esos minutos eran un tesoro. Y con esa memoria me quedo.